

## UN DOMINGO EN EL HOSPITAL

Está acabando un domingo. Ese día que, sin dejar de ser un día más de la semana, tiene un halo especial.

Un sol con augurios de primavera brilló durante el día. Un chorro de su amarilla luz penetró por la ventana y se posó tranquilamente sobre mi lecho.

Es día de visita. Muchos enfermos recibirán el consuelo de sus familiares y amigos.

Los que no están obligados a guardar cama se van levantando. Impacientes caminan hacia la puerta de entrada, por donde, de un momento a otro, esperan ver aparecer a la novia, a los padres o a los amigos. Sus caras reflejan alegría. Las dolencias pasan a un segundo plano.

También los que permanecen en cama se reaniman en llegando sus seres queridos. El Hospital entero rebosa de gente endomingada. No ha quedado sala, pasillo, calle ni jardín sin recibir esta oleada de relativa felicidad que, aunque efímera, durante unas horas será la protagonista en el día del Señor.

¡Sí, es cierto! El ambiente es grato y propicio para pasar unas horas. La alegría contenida queda reflejada en los rostros de los pacientes.

¡Pero allí! en aquel rincón, sobre aquella cama, un enfermo permanece ajeno a lo que ocurre a su alrededor. Una mueca, con aires de sonrisa, perfila sus labios al contemplar como las gentes pasan de largo por su lado. Se abisma en sus pensamientos. Dejémosle que saboree su solitaria tristeza quizá añorando a su novia o a algún amigo que no han podido venir.

Asomémonos a aquellos pabellones más alejados donde el bullicio llega más amortiguado. Las peculiaridades de las patologías de los pacientes aconseja tomar precauciones en evitación de contagios indeseables.

Y ya, al final, en aquel pabellón pequeñito, los visitantes mostraban su cara más adusta. Su llegada no tiene nada que ver con el día de visita, con el domingo. Tampoco sus labios es necesario que se muevan para expresar palabras de consuelo. El enfermo ya no necesita nada. No oye ni entiende. No pudo esperar más y emprendió la marcha hacia lo desconocido. Para sus padres, novia y amigos quedaba su cuerpo inanimado, aunque parecía sumido en plácido sueño. Ya no sufría y, en el más allá, les esperaba.

José Bolívar Gómez de Urda.  
Madrid. Hospital Militar Gómez Ulla.  
Domingo 20 de enero de 1956.